

Toma aquí un asiento *Syla*
Toma, y ante toda cosa...

Así es como debió Bonaparte chapurrear, según su costumbre, los versos de Corneille, y parece probado que le preocupaba la clemencia.

Hé aquí ahora lo que afirma Savary.

«Después de ejecutada la sentencia, volví á tomar el camino de París. Acercábame á la barrera, cuando encontré á M. Real que se dirigía á Vincennes en traje de consejero de Estado. Detúvele para preguntarle adonde iba.» A Vincennes, me respondió; ayer por la tarde recibí la orden de trasladarme allí para interrogar al duque de Enghien. «Le conté lo que acababa de pasar, y me pareció tan admirado de lo que le decía como le pareció á él de lo que me había dicho... M. Real volvió á París, y yo á la Malmaison á dar cuenta al primer cónsul de lo que había visto. Llegué á las once.»

Primera observación sobre este relato. En él aparece evidente una turbación de memoria, con solo atender á las horas que se designan. M. Savary, perseguido en 1823 por la calumnia que le atribuía el papel principal en la ejecución, un papel de verdugo sobrado presuroso, retarda voluntariamente sin duda la hora del fuego del piquete. Como se le acusó de haber atado una linterna al pecho del príncipe, afirma que la ejecución tuvo lugar á las seis de la mañana, y que á esta hora, en 21 de marzo, era de día. Sabemos que M. Savary se equivoca aquí en tres horas; y aunque M. Fayet atribuye políticamente las numerosas inexactitudes de las *Memorias del duque de Rovigo* á la pérdida ulterior de sus papeles, no se comprende bien cómo una escena tan lúgubre no afectó lo suficiente á un actor tan importante para no librarle de tan extraño error. Savary partió, pues, para Vincennes lo más tarde á las cuatro. Partió solo, á caballo, antes que su legión; y encontró en efecto un carruaje en el que reconoció á M. Real. La explicación tuvo lugar en efecto, y ambos volvieron brida hácia la Malmaison. M. Real no volvió á París, lo que hubiese sido la más condenable negligencia; pero llegó después de monsieur Savary que corría á caballo.

A cosa de las seis y media entró M. Savary en el gabinete del primer cónsul. Este se había ya levantado, cosa rara, nuevo indicio de una preocupación profunda, porque no se levantaba ordinariamente antes de las nueve. M. de Meneval trabajaba ya con él.

M. Savary comenzó á hacer su relato; cuando llegó á decir que el príncipe había expresado deseos de hablar al primer cónsul: ¿y por qué no me han avisado? interrumpió Bonaparte con viveza. Y á monsieur Real ¿no le había hecho el prisionero la misma súplica?

Entonces M. Savary dijo su encuentro con monsieur Real, y lo verificado antes del interrogatorio por este consejo de Estado.

«El primer cónsul, añade M. Savary, no podía concebir que se hubiera procedido al juicio antes de la llegada del consejero real. Mirábame con sus ojos de lince y me repetía: «Hay en esto algo que yo no

comprendo. Que haya sentenciado la comisión en virtud de confesión del duque d'Enghien no me sorprende; pero en fin, esta confesión se ha hecho al principio el juicio y no debía haberse hecho hasta que M. Real le hubiera interrogado sobre un punto que convenía aclarar.» Y me repetía: «hay aquí algo que me disgusta; hé aquí un crimen que á nada conduce, y solo se dirige á hacerme odioso.»

Lo que no dice M. Savary es que en el momento en que hacía su relato, entró M. Real en el gabinete del primer cónsul. ¡Y bien! Real ¿qué ha ocurrido? exclamó Bonaparte, y ¿cómo habeis esperado tan tarde á ejecutar mis órdenes? Entonces, hé aquí la explicación que dió M. Real, según el mismo, según M. de Fayet, según M. Desmarest, según M. Thiers.

En la víspera, según las instrucciones del primer cónsul que le había recomendado que se hiciera avisar la llegada del príncipe para ir al punto á interrogarle, puso un gendarme de plantón en Pantin, que era la última parada viniendo de Strasburgo, con misión de avisarle, al punto que llegase una silla de posta escoltada por la gendarmería: el gendarme había ido, en efecto, á las cuatro de la tarde á su oficina, que entonces estaba en el muelle Malaquais, número 9, esquina á la calle de los Santos Padres. Avisóse á M. Real que *había llegado el prisionero*. Monsieur Real en lo menos que pensaba entonces era en el duque d'Enghien, que creía no debía llegar hasta la noche, y por el contrario, esperaba á uno de los acusados del proceso Georges, Moreau y Pichegru que había hecho sacar de la cárcel de la Fuerza, para ser interrogado por M. Desmarest: creyó que era este el prisionero que se le anunciaba, y se contentó con responder sin pensar más en ello. «¡Bien! que avisen á M. Desmarest.» Poco después entró en su casa, y estenuado de fatiga á causa de las muchas noches que había pasado sin dormir, no dudando por otra parte que se le despertaría durante la noche, se acostó á cosa de las ocho, recomendando á su criado que le avisase según era costumbre suya de todos los recados que se le enviaran. Hácia las diez, llegó la carta que se había encargado á M. Maret le llevara de la Malmaison, en la que dándole parte de la reunión de la comisión militar, se le reiteraba la orden de ir á Vincennes á interrogar al duque d'Enghien. Por desgracia, habían llevado en este intervalo dos cartas insignificantes para M. Real, y este á quien se había despertado para entregárselas, había manifestado muy mal humor; así es que el criado, no viendo en la de M. Maret más que el sello de la secretaría de Estado, no se había atrevido á molestarle de nuevo, contentándose con dejársela cerca de él. A las tres de la mañana, se despertó M. Real, y habiendo hecho traer luz, leyó la carta de M. Maret. Instruido por ella de que había debido reunirse la comisión en aquella noche, se había vestido á toda prisa, había pedido sus caballos y su coche, y se había apresurado á correr á Vincennes.

«El conde Real, dice M. Desmarest, tenía misión y se disponía á ir á interrogar al hombre á quien amenazaba la muerte.» Y añade que en la Prefectura de policía fue muy grande la sorpresa cuando se supo